

que pesó en las cabezas de María Antonieta y Josefina Beauharnais.

Debía de tener Eugenia de Guzmán no pocas envidias, pero al éxito todo le sonreía, y las damas españolas más encopetadas se enorgullecían de su emparentamiento o su amistad con la flamante Emperatriz.

La habían tuteado, cuando era no más una muchacha de la sociedad elegante, y quién sabe si ahora, diademada, a solas, les apearía el tratamiento, les diría: «Déjate de eso, ¿no soy tu amiga de siempre?»

Y las modas, que venían de París selladas con la marca de Eugenia, parecían más graciosas, más atrevidas, más picantes.

* *

En las modas también se advertía el cambio profundo de las costumbres.

La languidez romántica cedía el puesto a una especie de libertad febril, a una extravagancia caprichosa.

El mirinaque «hacia furor». Las faldas medían incommensurable vuelo. Las botas eran altas, a la polaca; llegaban más arriba de la pantorrilla, y las abrochaban larga fila de botones.

Sobre un tropel de rizos, en racimo, el sombrero, diminuto, se encasquetaba cayendo hasta la nariz.

Las costuras de las mangas empezaban en el codo. Se llevaban las «garibaldinas» en inexplicable homenaje a Garibaldi y su camisa roja.

Inmensos pendientes de gruesas bolas negras recibían el nombre político sentimental de «lágrimas de Polonia».

Cadenas de similar, de anchos eslabones, se llamaban, por el nombre de un drama famoso, «cadenas Benoiton».

Al cuello se ponían cintas de dos dedos de ancho, de terciopelo negro o seda de color, que colgaban hasta los pies, y aquí eran conocidas por «sigueme, pollo».

Las sombrillas afectaban forma chinesca.

¿Para qué reseñar más antojos de la moda, en un momento de locura?

* *

En Madrid, durante tal período, la sociedad se mostraba alegre, disipada, indiferente a los graves problemas que fermentaban y estallaban a veces en explosiones parciales.

El rey de la banca madrileña era D. José Salamanca, hombre amigo de lucir, de gastar con prodigalidad regia; la tertulia en que se pasaba el rato con confianza y a donde concurría lo mejor del elemento masculino, era la de María Buschental, la que una noche, viendo entrar a una señora, exclamó: «¡Qué lástima! ¡Estábamos hombres solos!»

La dama que ponía el mingo, que daba la norma de lo elegante, era la duquesa de Alba, hermana de la Emperatriz.

Como hermosa, la eclipsaba la Medinaceli, de quien Castelar, presentándosela a Víctor Hugo, dijo «*Voilà la beauté espagnole!*»

En los paseos, llamaba la atención, por su elegancia como amazona, la condesa de Vilches.

Las reuniones más brillantes, demasiado numerosas tal vez y calificadas por Isabel II, donosamente, de «Prado con techo» se verificaban en el palacio de la condesa de Montijo, o en su quinta de Carabanchel, donde tenía un teatro. En él se representaba una loa de Rodríguez Rubí, alusiva al emparejamiento de Eugenia, y titulada *La perla del Genil*. Era el momento radiante de aquel destino de mujer, tan trágico al final.

¿Dónde va ya aquella sociedad, dispersa por los vientos de las revoluciones y las guerras?

¿Dónde las bellezas profesionales, la marquesa de Malpica, la de Alcañices, hoy ceniza fría en sus olvidados panteones?

¿Qué se hicieron los Infantes de Aragón? ¡Verdura de las eras!

* *

Bajo el bullicio, bajo la animación vertiginosa de Madrid y París, podía un observador notar el estrechamiento del suelo y la fermentación revolucionaria.

En España, los terribles acontecimientos del motín contra la que había sido Reina Gobernadora, Cristina de Borbón, casada en segundas nupcias con el duque de Riansares, acontecimientos que llevaron consigo orgías semejantes a las de la moderna «semana trágica», saqueos, incendios y asesinatos, fue-

ron, sin género de duda, precursores de la revolución de Septiembre, con su séquito de desórdenes y luchas internas, desangradoras.

Y la «gloriosa» con sus problemas institucionales, preludió a la caída del Imperio envuelto en el lodo de Sedán.

Por una de esas ironías crueles, el año de la Exposición (1867, si no me engaño), se puso en favor el «color Bismarck» y fué París el que consagró su boga.

Todo «Bismarck»; sombrillas, trajes, adornos de los sombreros.

El color Bismarck era como de tabaco de hoja, poco maduro.

Fué una peste.

Francia brindó esta monería al hombre más indiferente a ella y a todas.

Estaría entonces ya cuajando, en el cerebro del gran Canciller, el plan desarrollado poco más tarde, como nadie ignora.

* *

Después de esta sociedad del segundo Imperio y de la Revolución, vino la de la Restauración y la Regencia, en que el salón brillante fué el de D. Antonio Cánovas, cuando contrajo matrimonio con Joaquina Osma.

Ya la mayor parte de los componentes de aquellas reuniones — que tenían por escenario el magnífico palacio de la Huerta —, ha desaparecido.

Desde tal fecha, ¡cuántos vacíos, empezando por el mismo gran estadista, a quien la bala de Angiolillo deshizo la potente cabeza!

Otra sociedad surgió con el reinado nuevo. El salón hospitalario, amplio, con influencia social, de tal momento, fué sin duda el de la marquesa de Squilache.

No consiguió tan aína como la señora de Cánovas del Castillo reunir a todos sin excepción, y hasta tuvo que sufrir el ataque sordo, insidioso, de roedores, que algo contrastó su influjo, en suma muy útil y conveniente, pues se traducía en grandes obras de beneficencia y patriotismo.

Pero poco a poco, la situación de la marquesa fué haciéndose más clara y sólida en Palacio y en el gran mundo, y su figura destacándose más rodeada de respeto.

La marquesa no se había encontrado las cosas hechas, como pudiera una duquesa de Medinaceli, y en cierto sentido se la podía calificar de luchadora.

Si desde sus primeros años tuviese la posición altísima de otras reinas sociales, nadie la hubiese igualado en prestigio.

Su muerte señala una transformación y una reorganización.

* *

Este año la guadaña vendimió mucho.

Bastantes personalidades salientes, obligado pie de las tertulias, cayeron a sus golpes.

Aunque parezca que en esto no caben innovaciones, que no hay transición brusca, ello es que se oye repetir: «La sociedad que conocíamos se va.»

La guerra imponía ya este paréntesis en la actividad mundana.

Y, por otra parte, los bailes en los hoteles, con su inevitable promiscuidad, habían iniciado en Madrid eso que en París se llama «americanismo» en las costumbres.

Va pues a sufrir una evolución honda la sociedad, cuando el ángel de la paz (en cuyos buenos oficios apenas nos atrevemos a creer), tiende sus alas hoy desplumadas por el aire ardiente que levantan los proyectiles.

Signo de lo fugaz de las glorias sociales, es observar a las mujeres que reinaron en los salones, cuando han optado por el retiro y renunciado a toda vanidad; verlas pasar, encogidas, vestidas de negro, peinadas sin aliño, hacia la iglesia donde hacen sus devociones, sentaditas en un ángulo, baja la cabeza sobre el libro de las «visitas» eucarísticas, únicas que pagan ya...

¡Pero un espectáculo más penoso aún es mirar a esas mismas ex-reinas, empeñadas en prolongar la belleza y la juventud por medio de artificios que a nadie engañan!

La excepción, son mujeres como la marquesa de Squilache, que conservan, hasta su último día, atractivos y gentileza, y mueren dejando de sí una memoria amable, casi diré artística, casi diré florida — a despecho del implacable Kronos —.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estamos en período en que una sociedad desaparece y habrá de formarse otra nueva.

La sociedad sufre incesante renovación, y bien puede asegurarse que cada veinte años, los nombres traídos y llevados por los periódicos cambian.

Semejantes en lo exterior, las sociedades son distintas, porque lo son las costumbres.

Yo he conocido varias sociedades.

Cuando dejé por primera vez mi provincia, encontré una sociedad perturbada y agitada por los trastornos políticos: la mayor parte de la gente distinguida estaba fuera de Madrid, en el extranjero, huyendo de la Revolución triunfante y empezando a incubar la Restauración.

* *

Este mundo especial lo describió el Padre Coloma en *Pequeñeces*.

Quedaban en el corte — que ya ni era corte —, muy pocos aristócratas adinerados, y las reuniones y bailes escaseaban.

En las Embajadas, y especialmente en la francesa, se recibía: la tertulia de Pepa Calderón, carlista acérrima, lo mismo que su hijo Carlos Calderón, era un centro de muy buen tono.

El Salón de la Montijo estaba próximo a cerrarse para siempre.

En los salones de Superunda se hacía alfonsismo a todo trapo.

Pero no había lo que se dice animación sostenida.

Las turbas, una noche, rompieron a pedradas la iluminación de la casa de Superunda, encendida con motivo del vigésimo quinto aniversario de Pío IX.

Se vivía alerta, en perpetua fronda, en protesta continua, en burlona indignación.

El día que hizo su entrada en Madrid el Rey Amadeo, al siguiente de haber sido asesinado el general Prim, vi pasar al «italiano» desde los balcones, o mejor dicho, las cerradas ventanas del palacio de Berberana, entre gentes que maldecían de la casa de Saboya y deseaban y profetizaban al recién llegado todo género de calamidades.

En el baile del Veloz Club, que era entonces el círculo *smart*, había el mismo rumor de oposición cerrada, y Joaquina Osma, en la aurora de su belleza juvenil, era la más apasionada, la más anhelosa de traer pronto a España la destronada dinastía.

Recordando sus palabras, sus gestos, no sorprendió el cariño, el enamoramiento que, años después, sintió por Cánovas.

El que hizo en gran parte la Restauración, tenía que ser idealizado por Joaquina.

* *

Antes de la sociedad contemporánea de «la gloriosa», hubo otra muy brillante, de la cual apenas va quedando recuerdo.

Duró tres o cuatro lustros, de 1850 a 1869.

Fenecido el movimiento romántico, el segundo Imperio francés, época de transición, inauguraba sus calenturientas disipaciones.

En España, reflejándose este modo de ser con doble intensidad, por ser española la Emperatriz Eugenia.

Las relaciones con Francia eran cordiales y estrechas entonces; la Reina Isabel no podía desplegar mayor amabilidad con la nieta de los Guzmanes, que ceñía una corona tan esplendente y peligrosa, la